TASA DE ARTISTAS

EJECUTORIAS DEL DINERO

El corresponsal inglés de un periódico madrileño, telegrafió días atrás previniendo á los poseedores de joyas artísticas contra un terrible desengaño. Según el informante, las cifras fabulosas que corren atribuidas al precio de ciertos cuadros, son pura leyenda ó, tal vez, para decirlo con frase un poco villana, «voces que hacen correr los pavos.» La convicción del corresponsal nace de que en una subasta londinense ha sido adjudicado un Murillo en poco más de tres pesetas. ¿Murillo auténtico? Es lícito desconfiar de la severidad con que el periodista ha comprobado su información; porque los más verídicos datos comprueban que el precio de las joyas artísticas, lejos de caer, sube con una velocidad quimérica, por razones de muy sencilla explicación.

Desde luego tenemos cifras indiscutibles, ajenas á la interesada mixtificación de los vendedores. Los 650.000 francos que el Louvre pagó por la *Inmaculada*, de Murillo, están lejos de toda sospecha. Las 45.000 libras esterlinas pagadas por la *Venus del Espejo*, de Velázquez; las 55.000 entregadas á lord Radnor á cambio de *Los embajadores de Holbein*, el retrato del almirante Pulido-Pareja, de Velázquez, y otro retrato, de Moroni; las 30.000 del retrato de Ariosto, del Tiziano; las 13.650 de la *Familia de Darío*, del Veronés; y las 70.000 recibidas por el duque de Malborough, á cambio de la *Virgen y el Niño*, de Rafael; no son menos ciertas, y algunas de ellas pagadas no hace cuatro años.

El centro por excelencia de la cotización artística es París. Y en París las últimas ventas denuncian una imprevista y absurda dilatación de los precios. Una *Virgen de las Rocas*, copia de Vinci, y atribuida falsamente á un discípulo de éste, acaba de ser subastada en 80.000 francos; su vendedor la adquirió hace doce años, en siete mil. Un Goya fué pujado hasta 73.000. Un retratito, tal vez de Chardin, tal vez de Lepicié, adquirido en la venta de Alejandro Dumas por 2.700 francos, ha subido á 56.000. El *Retrato de la marquesa de Pastoret*, de David, ha pasado de 18.000 francos á 41.000. Un lienzo de Prudhon, que valió 12.000 francos hace unos años, se ha vendido en 22.000. La tasa de los artistas se ha elevado en proporciones inesperadas, que han sorprendido hasta á los especuladores y traficantes en este género de comercio.

¿Decaerá? No cabe duda que, si transitoriamente puede sufrir alguna crisis el valor de los objetos de arte, en lo fundamental ha de proseguir esa constante ascensión. Si la rigiera el gusto artístico podría verse amenazada por dos riesgos: uno la variación de ese gusto; otro la aparición de algunos maestros que igualaran ó sobrepujaran á los antiguos. Pero no haya miedo. Las obras de arte consagradas por el asenso y sanción de los siglos, son en el tiempo presente una ejecutoria, un aditamento pomposo y decorativo de la riqueza. El rico reciente adquiere el lienzo, no por la fruición de contemplarlo, sino para que el mundo sepa que lo posee, y esta posesión irradie sobre la riqueza y sobre el dueño, reflejos de elegancia y exquisitez espirituales.

Como el caudal humano crece incesantemente, la fortaleza económica de los nuevos príncipes compite y lidia en las subastas artísticas. Es un nuevo deporte, cuyos provechos usufructúan los grandes tratantes en primores de los artistas muertos. Por eso la pugna no es jamás entre el vendedor y el comprador, sino entre los distintos solicitantes; y de ahí también que para la venta de lo más exquisito y refinado, la expresión de la belleza, se adopte por lo común el procedimiento más grosero y vulgar: la subasta. Recientemente, han entrado en liza en los mercados de Europa los millonarios y los museos americanos. ¿No explica y asegura ésto la inesperada hipertrofia de los precios, que ha producido sorpresa aun en el propio París?

Si por un lado, el enorme crecimiento de la riqueza tiene su pulsación más fiel en esa tasa, por otro, el esfuerzo de los Estados contribuye á ella por lo que pudiéramos llamar la «amortización artística». En el supuesto de que haya en circulación cien obras de un maestro de renombre, puede afirmarse que cada año se amortiza una con destino á Museos, á Galerías oficiales, á instalaciones que sirven de sepultura á las obras. El juego de los acaudalados se hace de lustro en lustro, sobre menor número de piezas. Correlativamente el tipo de las pujas se eleva. Es la ley de la oferta y la demanda, robustecida en la penumbra por un concurrente decisivo: la amortización oficial.

Es, pues, inverosímil, la detención de esa corriente: el cuadro que hoy vale diez, dentro de cincuenta años valdrá inevitablemente mil. Los rebuscadores de obras artísticas de todo linaje, van agotando el suelo. En Francia, tras las reliquias de los Luises, se investiga ahora afanosamente para topar bronces ó tallas del Imperio. En España, apenas si en algunos ignorados andurriales se tropieza con forjas ó muebles de los siglos XVI y XVIII. El único freno posible, es que los Estados piensen un día en que tal vez cometen una gran simpleza en amortizar el arte. Entonces acaso resuelvan que las estatuas vayan á los parques y á los bosques, los muebles, lozas y hierros, á las escuelas. Y fuera posible que un Gobierno español restituyera la libertad á los prisioneros del Prado, dando suelta á los lienzos para que anduviesen trashumantes por el mundo de palacio en palacio, y estableciendo con las renta, producto del rescate de los 2.500 cuadros, fundaciones que levantaran la cultura artística del país. Trocaríamos contra los maestros de mañana, los maestros de ayer.

Pero no haya inquietud. Eso no lo hará ningún Estado. Porque todos cifran su gloria en poner su etiqueta en el frontispicio de esos abominables panteones, que con el título de *Museos* ha edificado la vanidad colectiva.

BALDOMERO ARGENTE

LA CRISIS DEL ABANICO

La noticia de que las damas elegantes rechazan el abanico, pone en conmoción al mundo femenino. El abanico es tan antiguo, que aquellos que se remontan á buscar el origen bíblico de las cosas, bien pudieran afirmar que Eva se libró del calor agitando una hoja de higuera ó de parra, como más tarde las egipcias se abanicaron con palmas y las japonesas con sus máscaras.

Lo cierto es que el abanico ha formado durante tantos siglos parte integrante del adorno femenino que no se concibe sin él á las mujeres. «Escribir la historia del abanico, se ha dicho, sería escribir la historia femenina.» Ellos se han caracterizado en épocas, evocan recuerdos trascendentales, nombres de bellezas célebres y leyendas de amor.

Hasta fines del siglo XIX las damas no se hacen exigentes para el abanico. Los llevan riquísimos, pintados á usanza española, en ricas telas de China, tul ó encajes con varillajes de madera, marfil ó nácar, pero sin preocuparse de su antigüedad ni de su historia. De Isabel de Valois á María Cristina, el abanico español tiene tres épocas bien marcadas. Primero la influencia francesa que domina con las formas Luis XV y Luis XVI; después los abanicos goyescos con sus calados y lentejuelas, alegres y ligeros, para velar entre sus tules los ojos de luz y las risas picarescas de las bellas de la corte de María Luisa; y luego los abanicos María Cristina, altos de varillaje y estrechos de vitela con los figurines de la época grabados sobre ellos de un modo arlequinesco. Por último, el abanico moderno, sin estilo, lleno de fantasías, mezclándose con el japonés y albergando todos los caprichos.

Con el abuso de los abanicos empezó á caer su uso. Las señoras no quisieron la vulgaridad y buscaron los antiguos abanicos, pagándose á peso de oro los históricos. La industria de las antigüedades se dió buena maña á imitarlos: princesas, grandes duquesas, emperatrices, todas las mujeres que estaban obligadas á llevarlos á las ceremonias oficiales, buscaban los abanicos de sus abuelas; pero no prescindían de ellos. Compañeros de la mujer, hasta en los momentos más graves de su vida, se ve á Mme. Tallier, la Reina del Directorio, sin separarse de su abanico en los instantes difíciles; á Mlle. de Montpensier llevando en una mano la mecha inflamada del cañón de la Bastilla y en la otra el abanico, y á Carlota Corday llevar el puñal oculto, para matar á Marat, entre los pliegues de su corpiño y el abanico en la cintura. Las grandes actrices sacaban casi siempre á escena sus abanicos. Muchas damas hacían colecciones de ellos, y la duquesa de Aumale ha dejado una de inmenso valor. La reina Isabel reunió más de ochocientos y la emperatriz de Rusia posee algunos riquísimos.

Célebres artistas no desdeñaron poner en ellos sus firmas; Gustavo Doré dibujó uno para Mme. Rosini, la baronesa de Rothschild los tiene pintados por Watteau, Laucret y Lebrun, y la Patti posee uno, sobre cuyo pergamino han firmado todos los soberanos de Europa.

El abanico va en Europa tan unido á los recuerdos de la vida femenil (en el Japón se usa como premio y por raro contraste para anunciar á un personaje de alto rango la sentencia de muerte se le envía un abanico), que siempre un abanico viejo, amarillento, apena el ánimo con la tristeza del pasado, de los amores muertos, de las ilusiones irrealizables.

Auxiliar de la mujer, más de una vez veló una mirada ó distrajo la atención de una frase. El abanico llegó á tener su lenguaje: abierto, cerrado, entornado, lento, agitado ó inmóvil, él decía cien cosas á los amantes.

Los primeros síntomas de su desaparición han empezado á notarse en el comercio. Francia, que en 1892 exportaba más de cinco millones de abanicos, no exporta en la actualidad ni un millón. Son las americanas las primeras que los rechazan y el hecho de que casi no los usan las elegantes es cierto.

¿Por qué desaparece el abanico?

No es, sin duda, por un mero capricho. Es una consecuencia de las costumbres en que determina esta crisis. Las mujeres desean, cada vez más vivamente, desembarazarse de todo lo que les parece signo de debilidad, de languidez y de dulzura. Es que el feminismo *desfeminiza*. Sin embargo, aunque no lo crean así, el abanico es un arma de la mujer y no debe abandonársele de modo imprudente.

COLOMBINE

REYES INDUSTRIALES

Poca gente sabrá que el emperador de Alemania, entre sus muchas aptitudes, tiene la del industrialismo. Recientemente se ha hecho dueño de una fábrica de porcelana, cuyos beneficios líquidos están calculados en 250.000 marcos anuales. El kaiser era ya principal accionista de numerosas compañías navieras alemanas, y no hace muchos meses adquirió importante participación en una fábrica de productos químicos de Hamburgo.

Pero no es Guillermo II el único monarca que se interesa en empresas industriales. El rey de Sajonia es propietario de la célebre fábrica de porcelana de Meissen; el regente de Lippe Detmold posee una hermosa granja agrícola, y hace magnífico negocio vendiendo los productos de la misma; el rey Leopoldo de Bélgica es el primer comerciante de caucho del mundo; y, por último, el rey de Servia, más modesto en sus aspiraciones industriales, explota una barbería, una botica y una agencia de automóviles.